

## Busca algo mejor

Capítulo 1

–Lo conozco, lo conozco, claro, sí que lo conozco. Es un tipo delgaducho, con la cabeza grande: parece una cerilla, ¿verdad? Sííííí, yaaa. Le llaman Josif, o Chechu. Es ese, ¿verdad? Vale, vale. Va pa’ aquí y pa’ allá con una scooter y una mochila, haciendo sus recaítos. Es un figura este chico, un listo, ¿eh? ¿Cómo lo has llamado tú?

–A mí me han dicho que busque a un Josep, un tipo delgadito que siempre está por estas calles. Me dijeron que fuera fumando, que tarde o temprano se me acercaría un chico a pedirme un pití.

–Ya, ya, pero te lo he pedido yo, el pitillo; no has salido perdiendo, yo sé mucho. ¿Y qué querías del Josif?

–Hablar con él.

–Ya... Pues hace días que no se le ve. Hace mucho, tal vez un mes. ¿Qué querías hablar con él?

–¿No lo has visto desde hace un mes? ¿En serio? No me jodas...

–Bueno un mes... quizás un poco más, no lo sé.

–¿Y no sabes dónde vive, dónde podría estar?

–No chico, ¿pa’ qué? Yo lo conozco de vista, de compartir un pití. ¿Y tú, qué le quieres hablar? ¿A ti qué te pasa con el Josif?

–Nada... le quiero preguntar una cosa. Tenemos una amistad en común, quiero saber si me puede ayudar a encontrarla.

–Mira chico, si buscas drogas, yo conozco a mucha gente...

–No, es una chica... una amiga mía.

–...chicas también...

–Nada, no, muchas gracias. Adiós.

–¡Espera! Oye, chico, espera, espera. Mira... si me das otro Lucky te llevo a preguntarle a un colega. Alguna vez que estaba yo en su casa, aquí cerca, el Josif pasó a verle; son colegas. Sí, vente, vamos a su casa, yo te acompaño, y le preguntas por el Josif, venga, ven. Pero dame el Lucky. Venga, vamos.

–¿Adónde vamos?

–A casa de un colega. El Teo. Él sabrá dónde está el Josif. Además, hace tiempo que no paso a verle, matamos dos pájaros de un tiro. ¿Te llamabas?

–Soy Ginés

Ginés le sigue a regañadientes por las calles oscuras, cada vez más pequeñas y malolientes, más cortas e irregulares. Ariel avanza como un

hombre viejo que se desplaza por su propia casa. Caminan lentamente, al ritmo del tintineo de las chapas y tachuelas, de las botas negras despegándose del suelo. Por fin se detienen frente a un portal de madera. Está pintado de rojo, y cubierto de tags negros. En el callejón no se ve a nadie, todos los locales parecen estar abandonados. Se percibe un intenso olor a orín.

Ariel llama al timbre, Ginés se queda unos pasos más atrás. Vuelve a llamar. Unos segundos más tardé se escucha “¡Eh, oh!” desde lo alto. Teo se asoma a la terraza del 4º piso.

–¡Eh, oh! ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

–Ep, no no no, yo no... eh... es él –contesta Ginés mientras señala a Ariel, que sale del quicio para hablar con Teo.

–¡Eiiiiii Teo! Que soy yo, el Ariel. Este es un colega. ¿Nos dejas subir?

Les deja entrar. En el portal hay cartas por el suelo y publicidad de comida a domicilio. Las escaleras son viejas, de madera, muy empinadas. Ariel asciende lentamente. Teo les espera en la puerta. Es un tipo grande, con una ceja única situada en el centro de la frente. Lleva una camiseta del Deportivo de La Coruña que le queda ajustada. Sin decir una palabra los hace pasar al interior.

El salón de Teo es una habitación estrecha y llena de humo. Las persianas están bajadas y prácticamente toda la luz irradia de una pantalla plana enorme, a metro y medio escaso de un sofá. En la tele dan un partido de PES “en pausa”, y sobre la mesa baja, entre los ceniceros, los papeles, y la basura acumulada, descansan dos mandos de Playstation. Al entrar en el salón, Teo mira los mandos y la pantalla y dice “Este tío es tonto”. Les invita a sentarse.

–¿Qué quieres Ariel, qué te pasa? Hacía tiempo que no venías a verme. ¿Y este quién es?

–Nadie, nadie, no te preocupes... ¿Y tú qué tal estás? ¿No te habremos molestado? ¿Estabas con alguien?

–No. Estoy sólo.

Ariel mira la pantalla de televisión, extrañado

–Ah. Vale, okei. Pues mejor.

–¿Qué has dicho que querías?

–Nada aún. Bueno, sí. Este chico. Es un buen amigo mío, ¿eh? Me dice que está buscando al Josif.

–¿Y por qué lo has traído aquí? ¿Yo qué sé dónde está el puto Josif?

–No, si no digo yo que... Es sólo porque sois amigos, me pareció entender. Era sólo para preguntarte... nada más.

–¿Y tú qué coño quieres con el Josif? ¿De qué va a conocer el Josif a un pánfilo como tú? –le espeta a Ginés.

–No si yo no, yo que... yo no lo conozco, pero conozco a un conocido... tenemos una amistad común, creo –responde con una mirada húmeda, aterrorizada.

Ginés se gira hacia Ariel suplicando ayuda.

–Es un amigo de una amiga de Josif, Teo. No hay más. ¿Cómo se llamaba la niña, G? La amiga común.

–Se llama Xenia.

–Xenia –repite Teo con sarcasmo.

–Sí, ya, no creo que sea su nombre... el de verdad. Pero da igual. Es una chica del Este, rubita, una niña muy guapa. Tendrá 25 años. Estuvo viviendo en mi casa durante una semana. Me contó que cuando vino a Barna durmió en casa de un Josep, con su madre. Creo que es el Josif, y querría hablar con él para ver si tiene su número, o si me sabe decir dónde está.

–¿Tuviste a una rubia en casa durante una semana y no te dejó su número? ¿Y te dijo que se llamaba Xenia? Tú eres tonto.

En ese momento se abre la puerta y asoma una cabeza abombada

–Oye –dice Josif, mirando a Ginés.

–Y tú también eres tonto. ¿Cómo me dejas el puto partido en pausa? ¿Así te escondes tú? Anda a tomar por el culo, vete de mi casa ya. Me van a acabar matando por tu culpa.

–¡Hombre Josif! Mira tú. A ti te andábamos buscando. Este chico. Que te quiere hablar.

Josif es un joven muy delgado, un poco chepudo. Tiene la cabeza muy grande, rapada, con muchas cicatrices. Sus ojos son pequeños y curiosos, como los de un ratoncillo. Carece de hombros, y sus brazos caen desde el cuello y parecen palitos. Viste una camiseta de Iron Maiden que le queda corta y ancha, probablemente un modelo de chica. Lleva unos pantalones amarillos muy cortos y unas chancletas de playa. Se deja caer en una silla junto a la puerta, y estira el brazo hacia la mesa. Teo le lanza un grito:

–¡Que no! ¡Que te vayas! ¿Qué es esto de que venga la gente a hablar contigo estando escondido? Y a ti, Ariel, me cago en tu vida, ¿quién te ha dicho que este crápula estaba en mi casa? ¿Con quién has hablado?

–Oye Teo, suéltame, que yo no sabía si estaba aquí o no, ha sido potra. El chico buscaba al

Josif, y yo me he acordado que erais colegas, que un día vine a verte y me lo encontré sólo en tu casa. Me dije que lo tenías en confianza. Nada más. Nadie me ha dicho nada.

–Y tú Josif, eres gilipollas. ¿A quién coño le has contado que estás en mi casa? ¿No te he dicho que no hablaras con nadie? –Teo le tira un cenicero a Josif, que se protege la cabeza con los brazos. A Ginés y Ariel, sentados en el sofá –Vosotros os calláis la boca, que no os tenga que ir a buscar. Y aquí se viene a lo que se viene, que no es charrar con éste. ¿Cuánto queréis?

–Yo...–dice Ariel, girándose hacia Ginés –aquí lo que quiera el muchacho, yo vengo de acompañante.

–¿Cuánto quiero de qué? –pregunta Ginés, compungido.

–Chico, G, ¿no tienes 30 euros pa’ pillar un pollico? Pero luego nos dejas hablar con el Josif, ¿eh Teo?

–Aquí lo que se coge se paga. ¿Lo tienes o no? Lo tienes. Trae pa’ aquí. Que me lo des, hostias. Quédate aquí, que vuelvo ahora. –Teo se levanta de su butaca, amenaza con darle un puñetazo a Josif al pasar, y cierra la puerta con un portazo.

–Joder con el puto Teo, que mala baba que me lleva. Casi me estalla el brazo con el puto cenicero. Menudo loco. Oye Teo –dice girando la cabeza hacia la puerta cerrada, hablando suavemente –, que me hago un peta de lo tuyo. Ari, ¿tienes un pití? –se estira y recoge un bote de la mesa lleno de marihuana.

Mientras deshace los cogollos en la palma de la mano, observa a Ginés intrigado. Ginés aparta la mirada nervioso, y la fija en la pantalla de la televisión. Inglaterra 1 / Argelia 1, minuto 35 y 21 segundos, en pausa.

–¿Y a este qué le pasa? ¿Qué te pasa, tristón? ¿Estás empanado? ¿Te falta lo tuyo? Que ya llega, que ahora viene el doctor con sus pociones mágicas. ¿Pero entonces venís a verme a mí o a pillarle al Teo? Mira que yo le quiero mucho, pero lo que vende es veneno. Él dirá que no, que también lo toma, pero no creo que eso sea una razón.

–Venimos a preguntarte a ti. Aquí el chico, que se llama GS, busca a una chica que se llama Xenia... ¿es así?

–Bueno, no...–responde Ginés –no creo que se llame Xenia de verdad. Es una chica del Este, que me contó que estuvo viviendo unos días en tu casa... con tu madre. ¿Sabes de quién hablo? Una rubita...

–Sí claro, Tania. Mi madre nos quería casar, nunca me había visto con una chica así de

guapa. Pero pronto le cogió cariño y le aconsejó que se alejara de mí, que se buscara un chico bueno. De todas formas ella pasaba de mí olímpicamente. ¿Y tú qué quieres de Tania? ¿Eres tú el chico bueno?

–Yo, no, sólo quería verla. Estuvo en mi casa la semana pasada... se dejó unas cosas y la estoy buscando para devolvérselas.

–Entonces no te preocupes, ya volverá a buscarlas. A mi madre también le dejó unos papeles, el pasaporte o lo que fuera. Le dijo que pasaría pronto. Mira que la puta de mi madre, que me echa de casa y le guarda paquetes a extrañas...

–¿Y se llama Tania? ¿Tienes su número de teléfono?

–No, ella sólo me dijo que se llamaba Tania. Y que no tenía teléfono.

–¿Tu madre nos dejará ver el paquete? Necesito saber cómo se llama. Quisiera poder devolverle sus cosas.

–Tú puedes intentar lo que quieras, pero yo no salgo de aquí.

Entra Teo, que tira una bolsita sobre la mesa, frente a Ginés. Ariel la coge con un rápido movimiento y empieza a abrir el pequeño nudo.

–No te importa si la probamos aquí, ¿eh Teo?

–A mí lo mismo me da, el chico la ha pagado. Pero cuando a mí me dé la gana os saco de aquí. Dale al play.

–Un tiritito para celebrar, ¿eh G? ¿Te pongo una? ¿Me invitas a otra? Por encontrarla, y por presentarte a toda esta gente maravillosa, que nos trata tan bien. Sólo una puntita, que aún es de día.

–¿Me pones una a mí también, camarada? –le pregunta Josif a Ginés, acurrucándose junto a Ariel – La primera es para Ges. Que sí. No, no te achantes, que te va a gustar. ¡Qué va a ser veneno! ¿Quién ha dicho eso? Anda tira. Si es sólo una puntita, es por probarla. Claro que sí. Ahora voy yo.

–¿Qué es? ¿Coca? –pregunta Ginés con una vocecita, mientras se manosea la nariz históricamente.

–¡Menudo guasón! –dice Teo –Por ese precio más te vale que no lo sea. No, lo mío es mejor, es home–made.

Ginés se desliza lentamente hacia Teo, que lo observa impasible desde su butaca reclinable.

–¿Y tú no tomas? ¿No quieres un poco? Por las risas...

–No, gracias, yo no. No puedo pasarme el día ciego de eso. Tengo un trabajo. –comienza a liarse un porro.

Ginés se acurruca en una esquina del sofá. Tiene los ojos muy pequeños, y las pupilas muy dilatadas. La lengua se le queda pegada al paladar, a los dientes, como si estuviera salivando un dentífrico, un pegamento. Un cosquilleo extraño parte de las yemas de sus dedos, y sube por sus brazos a través de las venas, se acumula en la boca del estómago. Desde este punto, un calor eléctrico se reparte por el cuerpo, sube y baja por la columna vertebral. Ginés se revuelca un poco en el sofá, intenta hablar pero no lo consigue. De repente se paraliza. Una enorme tensión le ha tomado la parte alta de la espalda, como una contractura gigante: es la estricnina que empieza a pegar. Poco a poco comienzan a llegarle sonidos, empieza a situarse en la habitación. Frente a él, una mesa baja. Sobre la mesa: ceniceros llenos, filtros sueltos, cigarrillos rotos, papel de liar, unas cajas de CD muy sucias, un par de tarjetas, una montaña de pañuelos de papel, bolsas de patatas vacías. Emitiendo un intenso brillo verde, Argelia juega contra Inglaterra. Todo es muy confuso, y todos los ingleses son negros. A su izquierda, Ariel le observa simpático. Más allá, Josif juega a la consola.

–Oye Josif, ¿y tú por qué no puedes salir de esta casa? ¿Por qué no acompañas al chico a ver a tu madre? –pregunta Ariel parpadeando con frenesí.

–Que no puedo, que no. Yo no salgo de esta casa. Y mi madre, no te vayas a creer, no me dejaría entrar. Si fue ella quien me echó.

–¡Anda ya, qué forma de contar las cosas! –salta Teo –Una puta Santa es tu madre, desgraciado, que llega a ser la mía y en bolsas de basura te iban a encontrar. ¿Y cuentas que te echó? Menuda jeta. Cuéntales por qué te echó. Anda, entretén un poco al pánfilo este, que lo estamos perdiendo. Chema, chico, oye... –sacude a Ginés del brazo–Nada que hacer. Cuenta la historia lo mismo, p'al patagonio este.

–Mí madre me echó de casa, es la verdad. Si no de qué voy a estar yo aquí, que ya no sé si es de día o de noche, con esto de no salir. ¿Qué día es, pues?

–Miércoles. Llevas 6 días anidado en mi casa, pedazo de rata. Y te has debido dar una ducha si llega, cerdo de mierda. Y no me vengas con chorradas que al menos ésta es mi casa. Y mi lugar de trabajo –dice Teo estirándose la camiseta con respetabilidad–. ¿Y por qué te echó tu madre? Díselo, cuéntaselo a Ges a ver si... ¡Sí, sí, síiiiiiii! ¡Aaaargelia marca! ¡Me cago en tu puta madre, ingleses de mierda! –le grita a Josif –¡Viva Alá, me cago en Dios! ¡Viva la

Jihad! Síiiiiiii –Teo se levanta y se desnuda frente a Josif– ¡Gol...gol...gol! Ah... síiii... te gusta Josif... ¿te gusta cuando te meto un gol? ¡Ahhhh!

–Anda, súbete los pantalones que queda mucho partido. Eres un guarro. –A Ginés, que parece no escuchar, que está extasiado mirando la pantalla de televisión, le toca el brazo y le explica– Yo me he tenido que esconder en casa de este gusano porque me busca el Orihuela. Si me ve, me mata. O eso dice.

–¿Pero no vive en este barrio? –pregunta Ariel.

–Sí, claro, a dos calles de aquí, por eso no puedo salir. Yo vivía en casa de mi madre, pero el cabrón del Orihuela se presentó estando yo fuera, y se montó una muy gorda. Mi madre le sacó la escopeta, pero el tío le arreó dos tortazos que tenía la cara hecha un cromo cuando volví a casa. Luego me lo hizo pagar, la tía sádica. No te preocupes que me comí unas hostias como panes, peor que si me las hubiera dado el Orihuela. Y encima me echó de casa.

Teo rompe a reír sobre su butaca, mientras lleva el mando de la consola de izquierda a derecha, como si tratara de arrastrar la pelota con unos hilos invisibles. Ariel parece preocupado, mira la pared con mucha atención. Bruscamente parece que se despierta de un sueño, y comienza a liarse un peta del bote. Se escuchan unos pitidos, y Ginés grita:

–¡Final del partido! Inglaterra 1 / Argelia 2. ¿Hay más? –Ginés parece excitado, tiene las pupilas muy pequeñas, y los ojos muy abiertos. Las cejas, bañadas en sudor, forman dos arcos amplios, como si estuvieran dibujadas. Mueve la mandíbula de lado a lado formando un arco muy amplio –¿Tenéis frío? Yo tengo calor.

–Oye Chema, ¿quieres un zumo? –le dice Teo a Ginés –No te me mueras aquí, hazme el favor. Con esa cara de pipiolo que tiene... ¿tú te crees que le puedes dar de mi keta al punto de la mañana a semejante parao? –pregunta a Josif –¡Se le va a salir la mandíbula de tanto irlo! Tú, Ariel, ya verás cómo lo sacas de aquí, que yo en un rato tengo cosas que hacer, no te me vas sin llevarte el cadáver.

–Anda G, tomate un zumo. –Ariel se acerca a Ginés, que da un respingo asustado. Coge una lata de cerveza de la mesa y se la pone en los labios –Anda, Josif, compañero, pásame una calada para el amigo G, que no le ha sentado bien. –Le toma el porro a Josif, le da una calada, y lo coloca entre los labios de Ginés –Y a ti, ¿Por qué te busca el Orihuela? ¿Le debes pasta?

–Bueno, él dice que sí. Yo le pillé dos bollos a pufo para un colega, pa'l Badalona. Le dejé el

paquete en casa, me lo dejó a pagar. Pero esa misma noche apareció la poli y se lo llevaron a la cárcel. Le cogieron lo suyo que tenía en casa, más lo que yo le dejé. Y luego viene el Orihuela pidiéndome el dinero. ¡Pero si no era para mí! ¿Dónde voy a colocar yo medio kilo de ficha?

–Él dice que los cogiste para ti, y que en casa del Badalona no dejaste nada –interviene Teo.

–¿Y éste qué sabe? Yo le dejé los dos bollos, que me los había pedido. Pero no tengo el dinero, eso que se lo pida al Badalona. No es mi culpa si esa noche apareció la poli.

–El Orihuela dice que seguramente llamaste tú a la poli. Dice que eres un puto chivato. Y dice que te va a matar. Que primero le vas a pagar 1.500 euros, y luego te va a matar.

–Me cago en dios, ¿pero cómo voy a ser yo un chivato? ¿Estaría escondiéndome como una mierda en tu casa si tuviera colegas en la policía? Lo lleva claro. Y si no tengo el hachís, ¿cómo voy a conseguir la pasta? Yo tengo que hablar con el Badalona. Él verá el tema con el puto loco del Orihuela y se arreglarán entre ellos. A mí que me dejen en paz.

–Ya han hablado. Bueno, un colega del Orihuela que está en el mismo módulo. El Badalona dice que es una coleta de las tuyas, que eres un puto chivato, y que te va a matar. Se está poniendo en serio con la taleguera, y cuando salga te va a partir en diez trozos –dice Teo divertido.

–¡Pero si está incomunicado! ¿Cómo van a haber hablado?

–¡Qué va a estar incomunicado! Si lleva preso más de un mes. Está en Zuera, con un colega del Orihuela, te digo. Y se está poniendo como un camión. Este no es de los que se sacan una carrera en la cárcel. Éste va a salir siendo una máquina de matar. Con tatuajes de estrellas en las rodillas, Cristos en la espalda, todo el cierco. Y en cuanto pueda te dará un capón que te arrancará la cabeza.

–Eres un tío guay, Teo, me mola mucho vivir en tu casa. No sé lo que le habrá contado el Badalona, pero es una puta mentira, me está metiendo en un marrón. De todas formas hay gente que me debe pasta, ya lo sabes. Y si me falta un poco puedo hacer unas chastas. Y si me falta otro poco, tú podrías dejarme algo, ¿verdad?

–Sí, encima. Como mucho me pagarás tú a mí, por vivir en mi casa, ¿no te jode?

–Bueno, yo creo que llego. En un par de días me habrán devuelto algo y podré comenzar a activarme. Podría moverte la keta, llevarla en moto a los pisos de tus colegas yonkis. Como un Telepizza.

–Ólvitade, Josif, ni tienes moto –dice Teo mientras sacude el mando de la consola –. Y te acabo de marcar otro ¡gol gol gol gol!

Encendiéndose un peta, envuelto en humo azul, Josif esboza una sonrisa

–Cogeré una moto de algún instituto.

–¿No tienes moto, Josif? –dice Ariel –Yo siempre te he conocido con el scooter ese reventado, con la fotografía de Camarón en la parte delantera. Siempre pa' arriba y pa' abajo, nunca pa' nada bueno.

–Que no Ariel –interviene Teo–, que es un pillao. Se creyó el Jason Bourne de los huevos y dejó la moto junto a la estación de Sants. Piensa que ahora el Orihuela se creará que ha huido del país.

–No es mala idea.

–¿Y qué sabe el Orihuela si la moto está en Sants? ¿Quién te crees que es, tú también? Otro conspiranoico de mierda. El peligro es pa'l listo que se pille la moto y se cruce con el Orihuela. No le faltarán huevos para robarse una moto con una foto de Camarón, pero le van a faltar las palabras para explicarse con ese loco. Final del partido, Argelia gana de nuevo. El caso es que esa moto no se toca. No tienes moto –le dice a Josif –. Ni móvil.

–Lo de la moto es lo de menos. Las motos las regalan por la calle.

–Oye... –Ginés se encara con Teo. Le observa con atención, como sorprendido por su nariz y sus ojos. Arquea las cejas de forma exagerada, el pelo del flequillo se le pega al sudor de la frente y de las patillas. Sus movimientos tienen algo de un pajarito. –...mira... T. O. ¿Por qué no metes la tele en esa pared?, así no estaríamos tan cerca. Es demasiado. ¿Qué es una taleguera?

–La tele es demasiado grande y no cabe a lo ancho. Ya lo hemos intentado –contesta Teo con calma–. Una taleguera es una barra con pesas. Cualquier cosa, en el talego no tienen mucho equipo. ¿Así que estás vivo? ¡Estás vivo! ¿Te gusta el fútbol? ¿Te ha gustado el partido? Son muy buenos los argelinos. Muy buena gente. Mucho fútbol.

–Anda cállate Teo que le estás volviendo loco. Y para ya con llamarle Chema, que se llama G.S. Es un buen tío GS, pero no es su mejor día.–Desde el final del partido de Playstation, Ginés está en el sofá, abrazado a un cojín. El partido había sido muy confuso, muy largo y con unos comentarios particularmente repetitivos. Pero al menos le había mantenido concentrado sobre algo. Una vez finalizado el segundo Inglaterra y Argelia de la tarde, la realidad se había vuelto mucho más barroca y

opresiva. Demasiados ruidos, demasiadas cosas, ¿quién es esta gente? Por encima del cojín observa la habitación con desconfianza.

–Míralo, la cara de angelito que me trae.

–Parece Jesús en el nacimiento.

–Parece el monaguillo preferido del cura.

–Es un buen chico, generoso. No es su culpa si no tiene costumbre de drogarse. Todo es ponerse, je, je, je. Yo creo que tu keta le ha venido un poco grande, así de buena mañana. A mí tampoco es que me haya sentado muy bien, la verdad. He tenido mis pequeños momentos muro. El chico sólo quería ver a la niña esa, Sheila.

–Xenia. Pero se llama Tania.–le corrige Teo.

–Dame el número de tu madre, que le pregunte el chico por el nombre de la chavala.

–No lo tengo. No tengo móvil.

–Ni el número de tu madre guardas, yonki de mierda –dice Teo con disgusto–. Cuando vino a mi casa, traía un billete de 50 euros con mi nombre escrito encima. Era pasta que me debía, date cuenta lo organizado que es y lo bien que me come. De todas formas si no, no entraba. Y ahora el tío no se quiere ir, y no tengo los huevos de echarle a la calle; me lo van a matar. ¡Pues dale la dirección de tu madre, ingrato, y que vayan a verla! De todas formas, si le molestan les va a reventar con la escopeta, no te preocupes por ella.

Josif comienza a escribir la dirección en un trozo de papel enrollado. Ariel coloca a Ginés en posición vertical, y le estira las piernas. Recoge la bolsita abierta de la mesa y la guarda en un bolsillo

–Bueno, muchas gracias, nosotros nos vamos a ir. Me llevo la dirección y al chico, no os molesto más. Anda, pasadlo bien. Nos vemos pronto. Que te vaya bonito, Josif, que se arregle lo tuyo.

–Sí anda, llévatelo –dice Teo desde la butaca–. ¡Chema, cariño! ¡Vuelve cuando quieras! Ya veo que te vas a convertir en un cliente habitual. Se ve que te gusta el vicio. Nos vemos guapo, salud.

La puerta se cierra, y se encuentran los dos solos en el silencio de las escaleras. Bajan con mucho cuidado, el viejo agarrando a Ginés, que anda como si lo sujetaran unos hilos y avanza muy lentamente. En el rellano del primer piso, Ginés se vuelve hacia Ariel y le pregunta aterrado “¿Es la calle?”; se tira al suelo, y vomita.

–Andate, Chema, no me vengas jodiendo. ¿Tienes dinero para un taxi? Pues vamos a casa.